

MARGOT AYALA DE MICHELAGNOLI

Más allá del tiempo

Asunción – Paraguay
1995

PRÓLOGO

La autora vuelve a asombrarnos con un nuevo texto: “Más allá del tiempo”. En este fin de milenio que está borrando las lindes entre los géneros literarios, resulta, si no imposible al menos muy difícil clasificarlo encasillar, la obra. ¿Novela, poema o prosa o prosa con vibraciones poéticas? En realidad, no nos parece imprescindible dar respuesta a tales interrogantes. Es una obra literaria y ya está. ¿Qué más?

Es la saga sincopada de una mujer paraguaya que recorre los caminos del país y cuya saya va recogiendo realidades muy duras, a veces, que se le prenden como abrojos que contribuyen a dar fuerza y vitalidad a todo.

Petrona es la protagonista una y múltiple de esta odisea cuyo Ulises es la presencia femenina que busca con nostalgia su Ítaca natal, “más allá del tiempo”. Y en este capítulo II ella nos dice “Tengo hambre del tiempo infinito. Quiero ser el tiempo mismo”. Y lo logra al final, cuando ingresa a la zona sin memoria, atemporal y perenne desde los cual nos habla.

Hay mucho dolor en estas páginas y hay mucho amor, al mismo tiempo. Fragmentos sangrientos de la historia se unen con lugares de nuestra geografía donde habita la eglógica de “la inercia del deseo”.

Golpes de luz, golpes de sombra contribuyen a dar a este nuevo libro de Margot la dimensión

de un tiempo que se ha ido y por el
cual seguimos transitando.

José – Luis Appleyard

Capítulo I

TECHAGA`U

Nostalgia de no
tener ya la resonancia íntima,
ni la audacia de tu boca
encendiendo mi sangre...

No obstante,
vuelve a arder tu cuerpo
como ayer en mi memoria,
aunque no son ya las mismas
horas ni el mismo amor de
entonces.

Pesan los
recuerdos visualizados a

través del dilatado entorno
que ahoga la vida en la
serena espera del olvido
tiritando en esta realidad sin
fin.

Mis labios

Rebozan de ti y se
resabalaban en la inercia del
deseo, en la mullida caricia
de tu carne, en el hueco de
mis brazos; el jadeo
insistente en el mohoso lecho
de hojas y arenilla, con ese
lenguaje tembloroso que era
parte del embrujo de aquellos
días.

Los sauces

llorones, algas, culantrillos,
musgos y helechos emergían
entre las rocas, y como
tentáculos muertos y
resbaladizos se enroscaban
a nuestro cuerpos, mientras
el claro de luna velada
alfombrando el suelo quieto.

Algo va
descendiendo al fondo del
ser mismo y se esfuma como el
ensueño en cualquier
rincón de aquellos matizados
campos de Cerro León,
leyendas erguidas en los
bellos telones de colinas y
planicies, escenario de
homéricas epopeya.
Visualizo épocas históricas,

investigo con la imaginación y
escucho voces, sobresalto
imágenes peregrinas bajo
cuya luz metálica deslumbran
las praderas, en el susurro
de ruidos y golpes
arrastrados de la lejanía.

Eran días de feliz
certeza; la duda aún no había
Ensombrecido nuestras
almas; creíamos en Dios, en
la vida, disfrutábamos de
un tibio y dulce abandono.

Sentíamos la
ancha alegría que impone la
dimensión agreste, la libertad
de los grandes espacios, el
verdor de esos campos
coloridos de Agosto poty,

mecidos por la bisa, y el embriagante
aroma de la malva envolvía esa vida
celular.

Poemas

rescatados de nuestra
memoria, que en la diversidad
de los años creemos a veces
haber imaginado, ofrecen
compensaciones al alma con
asociaciones inmediatas
filtradas entre la bruma de los
inaccesibles hasta entonces
irrealidad de los sueños.

Capítulo II

TIEMPO IRREPETIBLE

Juntos habíamos
Recorrido la infancia entre
corrales, crecientes, sequías,
en un descolorido y
polvoriento paisaje de calor y
hojas secas.

Abríamos caminos
a machetazos entre ysypo,
caraguatas, espinillos, polvos
y lodo en los intrincados
cañadones, buscado
panales de abeja y miel

silvestre, despachando a
nuestro paso víboras,
alimañas, y turbados por el
seseo incesante de los
insectos y un latente malestar
de misteriosa zozobra.

Dejamos entre la
majestad sombría de los
cañaverales, tranqueras y
alambres de púa, jirones de
nuestras ropas y de nuestra
historia en los agrestes
paisajes chaqueños.

No éramos
Completamente niños. Algo
Había recortado nuestra

inocencia; ese contacto con la vida natural y nómada nos había vuelto prematuramente adultos.

El ímpetu animal que nos animaba en aquel mundo salvaje no violaba la pureza de nuestros pensamientos ni la virtud de nuestros corazones.

La ventana abierta
a la campaña se extendía en
la gran noche donde las
estrellas recomienzan.

Tristes y serenos
a la campaña se extendía en
la gran noche donde las
estrellas recomienzan.

Tristes y serenos
crepúsculos, donde los
último montes agonizaban a
ritmo lento como el caer
pausado de los hojas
otañales.

Aquel amor
perdido, las cosas que nunca

han sido, las humildes figuras
de los sueños simples, y ese
fervor trémulo y doloroso de
la añoranza.

Enamoramiento del
recuerdo en las esfumadas
penumbras del alma...

Como desovillar la
existencia anodina para que
cada pequeño incidente
tenga el privilegio de
maravillosa. Y la
contemplación de un hecho
trivial resulte grata.

En la lomada se
destacaba la antigua casona
con sus duendes, donde
nació y murió la luz de tantas
lunas y amaneceres, el
corredor y yere con sus
hamaqueras en los pilares,
los faroles de kerosén en las
deterioradas paredes, el
lampium rompiendo la
oscuridad, la parra
caprichosamente trenzada a

la parralera inclinada, el
gigantesco quebracho, los
hacinados nidos de cotorra
pendiendo peligrosamente
del agarrabo.

El silencio y
pacífico rumor de las criadas
descalzas, su dulce vasallaje
y el familiar murmullo de su
lenguaje elemental.

El titacqueo del
reloj acumulado las horas
de un tiempo irrepetible, el
ladrido de un perro a la
distancia, el llanto de un niño,

el trompo, la hondita y los
bodoques esparcidos en el
piso de ladrillo en triste
abandono.

Torote- rora
Torote- rora
eke che memby
tokente mita
aní ou chupé kuré
torote-rora
torora – rora
tokente mita
aní ou chupé kuré

Una voz cálida
Cantando a la luna, en ese

regazo enorme y tibio de la
abuela, cuna de consuelo
donde llorar junto al fogón de
la cocina.

Los techos de paja
a dos aguas, el mojinote de
palma, las paredes de
tacuarilla y barro donde
anidaban avispas coloradas,
arañas y largatijas.

Mi madre,
su aroma a ropa fresca y
pacholí, su mirada amable,
su sonrisa de hace tanto, que
se transfiguran y son
sagrados. La negación de su

ausencia y el insoportable
absurdo de la extinción
definitiva de aquel ser querido.

Retazos de existencia
inmerso en ese mundo
efímero amontonado de
algún rincón de las
nostalgias.

Una impertinente y
densa garúa cobija la
estancia, las luces del galpón
acribillaban la espesa
neblina. El croar de las ranas
quebraban en mil pedazos el
espejo gris plumizo de las
aguas de la laguna.

El relinchar
espantado de algún caballo,
las luciérnagas agujereando
la noche, nos arrojaban al

mágico y ruidoso orbe del
silencio campesino.

Todo en la
espesura de un recuerdo
persistente.

Todo me parece
absurdo en mis devaneos, el
presente se agiganta;
amores y errores se alejan,
reminiscencias vividas se
agolpan.

Tengo hambre del
Tiempo infinito, quiero ser el
Tiempo mismo.

Avizoro paisajes
horizontes extraños, amores

nunca alcanzados por alguien
que no es nadie.

Silencios en estos
crepúsculos de esta tierra
mía roja ardiente que me
prende en su sosiego.

Nubes con
resplandores y rumor de
melodías flotando en esa
irrealidad incorpórea del
Chaco. Patos salvajes
levantando vuelo arrastrando
el misterio de la tímida
negrura del amanecer.

Los charcos,
Inmóviles espejos de los

sombríos palmares, los
tuyuyu posada en el verde
oscuro mientras una brisa
sopla del sereno y
desconocido firmamento.

Así adormecida
veía pasar en empañados
contornos figuras que se
superponían como nube
contra el sol, alternando con
nueva esperanza. Entonces
algo parecido a la ternura
quebrantaba la antigua congoja.

Mientras la lluvia
interior se extendía en
creciente monotonía, iba

visualizando los escarpados
caminos que conducían a mi
pueblo natal.

Umbral y templo de
una añeja y entrañable
cultura indígena.

No sé si estoy aquí.
o allá, desalentada en la
arena a orillas de algún río
entre sauces que se agitan y
se inclinan, allí en las riberas
de arenas blandas que pasan
lentamente en la lejanía del
cielo azul lustroso.

Vorágines de agua
que surgen en la corriente del
misterio profundo, espectros
deshilachados que brillan

como diamantes mínimos al
estrellarse contra la brisa
aromada de floresta, y ese
tedio espeso envolvente que
se escurre y extravía en el
recodo entre quebrachales y
palmares.

Falsos y velados
espacios barridos por
audibles vientos, signatura al
revés y al envés que produce
la lejanía.

Capítulo III

CHACARITA

La brújula de mi
existencia giró bruscamente,
comprendí que nada era
causal ni gratuito sino la
suma de otros aconteceres.

El artificio de las
luces de neón, los mágicos
destellos luminosos, no eran
más que una máscara.

La catástrofe
transitó segura, incrustándose
en nuestras vidas; tiempo

implacable y vertiginoso
cuando el impacto y el
asombro sacudía todo el
territorio.

Anidando una
moralidad sometida al
suicidio.

Como sombras
arrojadas a ese mundo con
amargo sabor a pesadillas,
azotadas por las batallas
desatadas en las calles.
Todo ese horror al parecer
no traspondría los frágiles
cercados de la casa.

Perpleja ante

hombres acribillados,
roberto vencido y
ensangrentado con los ojos
abiertos como abanicos,
soprendidos, asesinados tras
sus ideales.

Ahora persguida,
mordida en la soledad de un
mundo desgarrado, debía
abandonar nuestra casita,
ocultandome por tiempo
indefinido.

¿Dónde? ¿Cómo?
Sin dinero no podía llegar
más allá de Chacarita. Claro,
chacarita. No tenía otro

refugio.

Chacarita, que tanto había tratado de olvidar, se me presentaba sin ninguna opción.

Allí aún vive la tía Boni, la alquilaré una pieza y mi primo que es comisario me protegerá. Volveré a ser una más en la marca de subir y bajar los barrancos acosados por las aguas: ellas cicatrizarán mis heridas y olvidaré la historia de esa noche más allá de los barrancos.

Allí, donde había
hormigueado mi famélica e
infortunada infancia, entre
promiscuas y húmedas
chozas.

Han pasado seis
meses y me siento
estancada en este paisaje,
prisionera de una vida
acartonada de la que había
creído escapar: es como un
viaje a la infancia en sucesión
de horas, días,
atropellándome en declive.

Había pedido tan
poco en cuota de
destino y siento en mi alma

una congoja.

Nítidamente puedo ver
el lúcidos contornos la
sordidez de mi realidad
inmediata.

Debo sobrevivir en
Estas zonas marginales...

A lo lejos el reflejo
del sol en las engañosas y
tranquilas aguas del río, el
flujo y reflujo ribereño a
través del camalotal.

Chacarita en su
Miseria y grandeza oculta el
Interrogante de mi porvenir.

Capítulo IV
EL REGRESO

El rancho aventado
en la concavidad del río
sobre el banco de arena
blanda y crujiente, que en las
crecientes se sumerge bajo
las aguas como una isla
submarina; techos de paja
meciéndose a merced de la
corriente entre ramas y
camalotes. Entonces
emigraba a regiones más
altas. Éxodo de acuerdo al

ciclo de las crecidas.

Después de las
últimas lluvias las aguas que
habían abandonado el cielo
quedaban enamoradas de la
tierra húmeda y brillante.

De súbito todo se
había vuelto insoportable en
el campo; ese transcurrir sordo y
monótono la acongojaba,
deseaba regresar a la
Chacarita, a las calles de
puentes de caídos y aguas
estancadas; la vida allí
parecía fácil. Después de
todo se contentaba con tan
poco, un rancho, una cama,
una olla, un cántaro, y al

fondo del río azulado y la
alegría de ver los raudales
correr con ese ruido de
concavidad y aullido bajo.

Entre el caserío se
filtraban luces y sombras
que, escapadas de la
mañana, inundaban los
rojizos techos que a su vez
reflejaban otras desprendidas
al parecer de los árboles o de
los muros desmoronados.

La atraía ese orbe
quebrado, huidizo,
desnivelado, oprimido entre
árboles desnudos y zanjones

estancados a orillas de un río
antojadizo, turbulento y
caprichoso.

Allá arriba silbaba
el viento norte, abajo sonreía
la ancha bahía en cuyas
aguas podía ver reflejado su
rostro, las auroras y los
ocazos del lejano cielo.

Las casitas
deshabitadas inclinadas y
solitarias, anegadas por las
aguas que, extendiendo su
lengua gris azulada,
penetraban en constante y
suave caricia violando muros
y patios.

El callejón, la reja
oxidada, la lluvia, el gemido
del ventarrón azotando
cruelmente el paisaje

desolado.

El temporal se
desplazaba amenazador; los
árboles eran extirpados de
raíz, los raudales se
precipitaban al galope
arrastrando desperdicios y
flores de lapacho en la loca
danza, lustrando el
empedrado paciente.

Por eso deseaba
desaparecer en el absurdo,
rastreado los espectros
familiares de la adorada y
vieja casa campesina,
envuelta en el rumor del
lenguaje de su raza.

Eran esos los
paisajes que amaba y con los
que seguirán soñando hasta
el final de su existencia.

Los últimos calores

del verano y el sopor de las
largas siestas se alejaban
entre el silbido agudo de las
chicharras y los cielos
cenicientos entre nubes
púrpura.

Solía errar a la
orilla del río bajo la inmensa
oscuridad buscando en el
trozo de su realidad algo.
Como un animal en acecho
zigzagueaba entre torbellinos
de pobreza y aguas
putrefactas; se detenía a
contemplar las ondulantes
corrientes y el murmullo del
camalotal, los puentecitos
semiderrumbados, muros

viscosos aprisionados a los
barrancos.

Regresaba a
tropezones por los estrechos
callejones, túneles sin salida
al final de los cuales nadie la
esperaba.

Aceleraba el paso
Huyendo de la húmeda ribera.

Las horas daban
vueltas y vueltas, los
pensamientos se bifurcaban
En el recodo siguiendo su
derrotero rumbo al norte.

El buque ascendía
lentamente para penetrar en
la oquedad según avanzaba
a su destino, las últimas
estrellas reflejaban su luz en
el surco plata.

La sordidez de su

realidad la envolvía como a
un condenado a su celda.

Sumida en el
absurdo de lo cotidiano, en
un rito de sensaciones y
miserias en la pendiente de
barrancos y raudales, herida
abierta de lodo rojo. Donde
se respira por doquier el
implacable olor de la miseria.

Capítulo

Petrona

Venía de las altas
prodigiosas y fértiles tierras
del Ka`a guasu. Hacia
muchos, muchos años, tanto
que no podía recordar ya.

A pesar de ello
seguía siendo rural en su
esencia; la ruptura con su
ámbito nunca fue definitiva.

Su piel morena
llevaba el registro de los
años; trazos y garabatos en

donde se dibujaba una
expresión de sorpresa, como
si de súbito recordara el
ovillo olvidado de todas las
eras sepultadas vivas, juntas
y separadas en el torrente de
su sangre mestiza.

En sus negros y
velados ojos se podía intuir
un alma antigua.

Era la imagen de
una cultura sepultada en los
siglos. En sus relatos de
tradición oral emergían
leyendas, riberas, ríos
remotos de continentes

perdidos.

Podía escuchar las
cansadas voces del viento y
los dispersos rumores de la
memoria en la amalgama de
las difusas brumas del tiempo.

El sol alto, los
cañados, la llevaban a
soñar permanente.

Irradiaba en su entorno un
poderoso magnetismo. Era
imposible no gravitar en su
órbita.

Se había rehusado
a aprender el castellano, lo
que la indujo a recluirse en el

mundo abstracto del
pensamiento mítico, y así fue
perdiendo el poder de
razonar u observar cosas
reales.

Había absorbido
hasta el límite y sin tregua los
vaivenes cansancios de su
tiempo. Las resacas de la
Triple Alianza que asolaron al
país, las revoluciones unas
tras otras y la guerra del
Chaco finalmente, la
arrojaron por los senderos de
la patria montada en la grupa
del caballo de su nombre,

machú de un regimiento, ora
improvisada enfermera de los
también improvisados
hospitales en las regiones del
verde infierno del Chaco.

Con vigor y en
soledad había vadeado los
insultos de la vida para
sobrevivir en los caminos
andados y desandados de
angustias y desasosiego
desgastándose entre
frustraciones y abandonos

Muchas veces, al
transitar por esas tardes del
tiempo, es como si se

hubiera desmayado y un trozo de su
vida fuera detenido en confusa
sensación de un espacio extraño.

Capítulo VI

SOLA

La Catedral se
yergue atisbando el horizonte
y los techos bajos en la
pendiente. Un claro de luna
duerme en la cúpula;
desniveladas penumbras
ondulan a su alrededor.
Llueve... los vidrios
de las ventanas están
empañados; en las paredes
manchas de humedad verde
amarronado se desdibujan en

una extraña danza.

Las luces de los
sirios en su temblor
ascendentes reflejan los
rostros semiocultos bajo los
rebozos; un gato dormita en
un rincón. El reloj da las dos
de la mañana, in gallo canta,
las lloronas sollozan. Algunas
figuras desteñidas adosadas
a las paredes observan el
rostro que poco a poco va
adquiriendo un aspecto
desconocido.

Las arrugas se
alisan, la serenidad invade

sus rígidas facciones.

Un dolor ausente
flota en la atmósfera y
escalofría desde adentro,
dejando un sabor a asco y
olor a velas de cebo y flor de
caña marchita.

Paulatinamente el
alba ilumina la humilde
habitación.

Una mujer vestida
de negro abre los postigos,
luego la ventana y una brisa
fresca se introduce. La
hamaca se mece, el invierno
retrocede.

Bandeada,
Triturada por la gran
maquinaria del universo en
su desplazamiento hacia el
infinito, como un barquito de
papel que en curso de la
marcha va sorteando
obstáculos, oscilando a la
deriva; navegante hacia lo
desconocido, empujada hacia
donde nunca ha estado.
Petrona yace quieta en su

vertiginoso viaje, azotada por
la brisa helada. Sola y sola...
como había estado siempre,
siempre...
